

El paisaje, entre ciencia y cultura.

Eduardo Martínez de Pisón

(Publicado en la revista *Laberintos*, Gobierno de Aragón, nº 21, 2010)

Inteligencia de las cosas.

Hace ya casi un siglo los geógrafos españoles, aún escasos, apenas habían emitido sus reflexiones propias sobre el paisaje, que sólo más tarde fluyeron con calidad y cantidad suficientes. En cambio, fueron esos años del primer cuarto del siglo XX cuando la geografía europea consolidó no sólo su concepto propio de paisaje sino que incluso se consideró a sí misma como “ciencia del paisaje”. Nuestro oficio tenía, como digo, un número exiguo de profesionales en su nómina y éstos todavía no estaban suficientemente atentos al significado propio de tal concepto.

En la cultura española hubo sin embargo entonces una voz que tomó ese concepto como objeto frecuente de pensamiento y, al hacerlo desde la filosofía, ejerció en este campo sin pretenderlo el puesto vacante de geógrafo activo. Ese préstamo a la geografía española de entonces se encuentra disperso en la obra dilatada de Ortega y Gasset, y lo he rastreado y expuesto con cierto desarrollo en otras ocasiones. Ahora nos puede bastar como muestra el texto de una conferencia suya del año 1915, pronunciada en el Ateneo de Madrid con el título *Temas del Escorial*.

En aquella ocasión Ortega se planteó una vez más “qué es un paisaje”, como materialidad de lo que nos rodea, como síntesis entre las cosas y las ideas y, por ello, hasta como representación según tal modelo de lo más abstracto. Es decir, con doble faz que contiene a la vez la sensación y la idea. Por una parte, es la manifestación formal y visible de la realidad geográfica, en la que conviven y se ordenan (y desordenan) elementos territoriales. Ortega nos sitúa, por ejemplo, en el escenario de la Sierra de Guadarrama con sus lomas, pinos, cuencas, colores de las arboledas, caminos, aromas, sonidos y celajes, que dan componentes objetivos al escenario y con los que dialogan las sensaciones. Pero, por otra parte, es una proyección desde el interior del hombre sobre lo que le rodea. Cuenta entonces Ortega que, en un viaje a esa sierra con Francisco Giner de los Ríos, que a su vez citaba a una conocida escritora, el gran pedagogo del Guadarrama le dijo: “desengáñese usted, con los paisajes ocurre lo que en las posadas de aldea. Cuando llega el viajero y pregunta a la posadera: “¿qué hay de comer?”, la posadera contesta: “señor, lo que usted traiga”. Pues esto es el paisaje, lo que cada cual traiga”.

Ortega proponía superar, mediante la noción de *paisaje*, más compleja y cultural, la vieja idea del *medio*, más esquemática y naturalista. Para las tesis deterministas el vivir sería una resignada adaptación a los condicionantes geográficos, pero esta relación se podría describir mejor como un diálogo activo con los diversos medios, e incluso, todavía con mayor precisión, con los distintos paisajes, pues el paisaje es más que el medio ya que consiste en una realidad que se integra en la vida: “no hay un *yo* sin paisaje”, escribe Ortega. El paisaje, así, se convierte en ingrediente de la vida con el que se mantienen relaciones afectivas y la vida ve incluso como si fueran paisajes, o traslada este símbolo perceptivo, hasta las mismas personas. Si los hombres somos en buena medida nuestros paisajes no podremos entender a los unos sin los otros. El ruín, añade, tiene ante sí sólo el paisaje de su propia ruindad y el excelente el de su excelencia. En definitiva, el paisaje es, por un lado, el horizonte efectivo de la vida, y por otro la esfera real, influyente y proyectiva, de la cultura. La fidelidad a nosotros mismos necesita de la fidelidad al paisaje, y la conservación de éste es, pues, un modo de manifestarla cuando su amenaza lo requiere: “el patriotismo es ante todo la fidelidad al paisaje... la patria es el paisaje”. En efecto, como decía Giner, el paisaje en gran medida lo traemos con nosotros.

Más tarde, la actualización de nuestro conocimiento geográfico cumplió con su obligación de dar cuenta propia de lo que era su objeto y en ello han venido estando numerosos estudios geográficos hasta hoy. Pero aquella preparación intelectual no es esquivable. Nos situó, a través de la cultura, en el sentido, en el contenido del paisaje que luego trataríamos con instrumentos científicos. Y nos facilitó entrar, en su momento, en los planteamientos más sabios de la disciplina. En su momento y en su campo estricto, los métodos de trabajo han permitido elaborar con el debido rigor distintos modos de investigación y de exposición de lo que hemos denominado paisaje, unas veces con perspectiva especialista y otra con voluntad de amplia relación. Y en ambas hemos ensanchado y fortalecido la aportación geográfica al conocimiento del paisaje sobre una cuna bien armada de reflexión y cultura. En ese crecer algunos hemos pensado en la conveniencia de buscar, primero, decididamente los sistemas de relación entre los componentes, capas y mosaicos internos del paisaje, así como, en segundo lugar, en la utilidad de completar su imagen con esos sentidos culturales de los que nació su idea entre nosotros, pues en ellos tal paisaje es ya integrador de modo suficiente, sin amputación, pensando, claro está, que es posible hacerlo metodológicamente alrededor del eje geográfico y morfológico que nos es habitual en

nuestras observaciones y trabajos. Lo hemos propuesto e intentado; ha sido posible y creo que interesante.

Este intento se basa en la suposición de que la geografía del paisaje es un entretejido, no una superposición de elementos, cuadros o asuntos discernibles y agrupables por tipos clasificados y separados, y que tal entretejido aparece no sólo en su distribución sino en su dinámica. El resultado morfológico es una configuración adquirida que muestra un estado formal del sistema o la estructura en un momento dado. Esa configuración no es una corteza vacía o un escenario desierto, sino animado hasta el punto que su función clave, como indicaba Ortega, es la vital. Pero además los paisajes no son, por su entidad y concreción formales y espaciales, equivalentes a ecosistemas: son realidades físicas individualizables, complejos geográficos situados, organizaciones en sí mismos de objetos, naturales y artefactos, y de sentidos. Nuestro paisaje geográfico posee y propone un concepto y también un modo de mirar, de ver el mundo, es una construcción intelectual que tiene detrás un esfuerzo de reflexión y método, es una conquista teórica y metodológica, con elementos materiales y espirituales, y se ha convertido también en una meta de trabajo, de estudio y de difusión. Propone la imagen de un lugar, la representación ajustada y completa de un sitio. Es una concepción del mundo, un sentido de la tierra fundado en valores mayores. A las calidades del paisaje deben corresponder, entonces, las calidades de su lectura. Un poeta escribió que el paisaje se reconoce en sus espejos de papel.

En estas cavilaciones vuelve la idea antigua de que al mismo propósito de un concepto de paisaje corresponde determinada confianza en la existencia de cierto orden, una inteligencia y alguna belleza en la faz de la Tierra, sea espontáneamente como resultado de su propia evolución, o sea históricamente por su remodelado humano, o por la combinación tan habitual de ambos factores y constituyentes. La ciencia de la Tierra parece que confía en la existencia de estructura, orden y normas no sólo en su sistema mental sino en la constitución y dinámica del planeta que indaga. Efectivamente, es una vieja sospecha de los sabios y de las religiones el supuesto de que había armonía en lo creado, manifestación inteligente para algunos de la inteligencia del creador y con la que mi razonamiento puede entrar en empatía. Se expresaba este encuentro diciendo que “la inteligencia descubre la inteligencia”, como desde la observación geométrica de un cristal de roca se descubre el orden mineral y hasta una arquitectura de las montañas. El fundamento religioso del cosmos se argumentó y debatió mucho en el siglo XIX agitado por los nuevos descubrimientos de la ciencia, que abrían y cerraban capítulos

constantemente en el conocimiento, lo que es un asunto atractivo para quien maneja conceptos de integración y orden en el paisaje.

De este modo, la idea de paisaje geográfico, por un lado, sí parece presuponer un orden en el mundo que debemos identificar, pero, por otro, en su proceder científico, por su mismo sentido, no se llega a plantear la necesidad de argumentar sobre un “autor inteligente” de las cosas, que sí se señaló desde los autores clásicos como visible a través de su orden, reconocible en su belleza e incluso admirable en su grandiosidad. La idea de un “todo armonioso” y coherente nos remontaría a Empédocles, y la de un mundo gobernado por la inteligencia, o la inteligencia como causa ordenadora de las cosas, (lo que acabaría obligando a indagar sobre las causas de las causas), nos llevaría hasta Anaxágoras. Tal asunto es, por tanto, repetido y sustancial, y en él, claro está, podemos encontrar nuestras raíces. Pero en lo que nos atañe específicamente, lo que sí se presupone y reconoce tácitamente es que al concebir el espacio geográfico como paisajes vamos a encontrar normas, porque éstas existen. Y ya es bastante. El concepto de paisaje, por tanto, pertenece muy fundamentalmente a la cultura, aunque lo que hagamos sea sólo geografía.

El “todo” geográfico.

Solemos entender el paisaje a la vez como un todo y como parte del mosaico de la morfoesfera terrestre completa. Tal paisaje está así planteado como una unidad terrestre, con varias referencias: su propia forma material, su percepción por quien lo vive, y su estudio o su representación desde la ciencia y la cultura. El paisaje suma así un todo geográfico, como forma y rostro de la Tierra, y otro todo interpretativo como construcción artística e intelectual. El primero siempre existe, aunque no se perciba; el segundo sólo existe en contadas ocasiones. El paisaje como forma terrestre aparece como unidad de integración de componentes, factores y unidades, sobre una base territorial. El territorio es por tanto una estructura elemental en el paisaje, porque la organización del suelo se constituye en paisajes. Los paisajes geográficos son, pues, ante todo, las formas que adquieren los sistemas territoriales, pero también poseen, como toda forma, un rostro, un aspecto, con una básica agrupación de unidades, de modo que hay geógrafos que diferencian y arman su mosaico paisajístico mediante “divisiones compuestas”, con unidades insertadas entre sí como muñecas rusas, en un orden jerárquico de paisajes y subpaisajes precisos y situados.

Pero es la mirada del hombre la que cualifica como paisaje lo que era sólo territorio y reorganiza el espacio desde este conocimiento. Este otorgamiento cultural es propio de la relación del hombre con lo que no es él, en este caso aplicado al espacio terrestre en el que vive. Así que también en este campo de la cultura, el del trato con la Tierra, se hace una construcción conceptual, por lo que podemos concluir que el “paisaje” es un territorio interpretado culturalmente. Los logros progresivos de tipo intelectual y estético de una idea de paisaje pueden considerarse, por tanto, avances en civilización. Es decir, cuando tal civilización impregna la relación social con el espacio geográfico es cuando aparece la noción de paisaje.

De este modo, el concepto de paisaje es integrador no sólo de sus constituyentes materiales, sino de los culturales. Por un lado, en los lugares donde el peso de la acción humana en transformar territorios es perceptible, aparece en la misma lectura de cómo cada civilización ha generado sus propios paisajes. Pero donde la naturaleza aún presenta sus relativos dominios, también pesa la mirada que la comprende. Es decir, hay componentes materiales y espirituales en los acomodos humanos al suelo, y en las percepciones y representaciones de los paisajes tanto humanizados como naturales. De este modo, el paisaje adquiere valores con los significados, los sentidos culturales otorgados por la ciencia, el arte y el pensamiento, ingredientes añadidos que lo cualifican de modo inseparable a sus rasgos materiales. Por ello, porque el paisaje resulta de tal concepción, pertenece justamente a una "geografía cultural". Y de ello se deriva su intensa influencia moral. En conclusión, el paisaje es una manifestación de estilo de cultura, de diálogo con el mundo, entendido en la conexión de lo constitutivo de una realidad mixta a la vez natural e histórica, territorial y cultural.

En nuestro mundo hay pluralidad de intensidades de naturalidad o de humanización y artificialidad de los paisajes, hoy progresivas. Su conjunto forma redes. Si descendemos de la montaña hacia el valle y hasta la costa esa red forma un agregado de rocas, prados, bosques, dehesas, campiñas roturadas, huertas bebedoras de agua canalizada, jardines de plantación, plan y cuidado, casas aisladas, cascos de población concentrada, ciudades densas, polígonos industriales, nudos de comunicaciones y puertos, entre otras cosas. Todos ellos son territorios atados entre sí con puntos fuertes y puntos débiles en constante intercambio de fuerzas y resistencias, con distintas figuras y potencias sobre el plano, con sus paisajes propios enlazados y funcionalizados. Establecía incluso el geógrafo Sorre, en sus pioneros ensayos de una

“ecología del hombre”, una geografía de paisajes tolerantes y resistentes desde la perspectiva de una inteligencia al servicio de la construcción de los paisajes humanos. Hasta tal perspectiva está enlazada interpretativamente y en la acción a ese todo de lugares, componentes y fuerzas. El paisaje activo también manifiesta, pues, tendencias en sus estructuras, formas y sentidos, es decir, en su presente están las cargas de su pasado y los atisbos de su futuro.

Experiencia del paisaje

La experiencia del paisaje es la directa del que lo vive, la *experiencia vital*, como diría Ortega, entendiéndola como circunstancia geográfica. Pero no podemos referirnos a la experiencia sensible como espontánea o primaria, porque hasta una lectura científica del paisaje abre áreas que, si no, son invisibles, arroja luz sobre sombras, provoca miradas afectivas parciales, y opera en la sensibilidad del observador. La información permite enriquecer la experiencia. Las aptitudes e interpretaciones sensoriales están mediatizadas por la cultura.

El paisaje tiene un contenido esencialmente visual, pero de ningún modo es exclusivamente óptico. En la noche polar el paisaje es el frío; hay paisajes sonoros evocadores y, en la penumbra del bosque tupido, casi todo lo que se oye es lo que no se ve porque está más allá del ramaje inmediato; la experiencia del olor es una parte sustancial de la del paisaje. Los estímulos son físicos y químicos y la experiencia es cultura. Los sentidos van juntos. En la percepción del paisaje se presentan habitualmente correspondencias por nuestra inclinación sensorial a ellas y porque su experiencia las provoca, ya que, por un lado, el paisaje propicia la analogía y la metáfora, y, por otro, porque tal percepción responde a una incitación simultánea a todo el conjunto de los sentidos. La vivencia del paisaje es, pues, completa y coral, y puede ser con facilidad traslaticia entre sensaciones y acorde entre impresiones. Cuando se ha interiorizado un paisaje vivido y forma parte del yo, cualquier amputación en aquél es una mutilación de éste, lo perciba o no quien lo experimenta. Educadas las gentes en la dureza de alma hay una generalizada insensibilidad y una extensa carencia de cultura que no permiten apreciar tales hechos, que sin embargo existen, como una ceguera o falta de percepción inducida.

Para contrarrestar esa tendencia, también ha habido en los mejores momentos culturales un impulso a la enseñanza del paisaje. Eso ocurrió en las renovaciones pedagógicas contemporáneas en España, por ejemplo en Giner de los Ríos, en la actitud

de la generación del 98, particularmente explícita en Azorín, en el pensamiento, formulado por Ortega, o en el campo específico de la geografía, personalizado en Manuel de Terán. Hay ejemplos de divulgación del paisaje en Francia por geógrafos desde 1923, con el fin de lograr “viajeros inteligentes” buscadores de estilos paisajísticos, como los estilos del arte, en los rostros del país.

Descubrimos el paisaje, decía antes, en un avance cultural, cuando sobrepasamos la relación meramente utilitaria con el territorio, aun permaneciendo ésta. El paisaje es una interpretación del territorio. Y podemos volverla expresiva con el uso de los instrumentos culturales de conocimiento del entorno, de relación e incluso diálogo con el territorio, y así comunicarla y propagarla. Este diálogo se realiza individualmente con condiciones personales e ingredientes y recursos sociales. Cada acto vital en el paisaje recibe parte de éste y lo crea, lo idea, lo hace sentimiento, lo incorpora a la vida. Es decir, habita en el núcleo de la experiencia personal. En cualquier caso, somos experiencias de paisajes (aunque está claro que no sólo somos eso) porque operan en la vida. Así, cuando los cambios territoriales mudan demasiado deprisa las vidas son sucesiones de paisajes perdidos. Y esto ocurre con frecuencia porque cada vez hay más territorios progresivos en economía y regresivos en cultura: o paisajes que son poco territorio, o territorios que son poco paisaje. Y todas las demás combinaciones matizables.

La experiencia cultural del paisaje nace con el concepto de paisaje y lo modula. Todo indica que la formulación literaria, pictórica y científica del patrón europeo del paisaje con modernidad y con consecuencias derivadas –no sin intermitencias ni saltos– hasta los cánones de hoy corresponde al Renacimiento. El paisaje es una consecuencia de tal disposición cultural, como lo será su brío ilustrado o su definitiva explosión romántica, claro está donde hubo ilustración y romanticismo en sus momentos adecuados y con la amplitud necesaria. Por todo ello, como recurso de análisis, la apelación al trasfondo cultural como instrumento y como objeto de entendimiento está ya en la antropología clásica y en la geografía afín a ella en sus referencias a la relación del hombre con el medio. En el planteamiento de la geografía humana de los años sesenta del siglo pasado aparece ya explícito el interés por la utilización de contenidos simbólicos como respuesta a los estímulos del medio, como un carácter distintivo de los seres humanos, de modo que desde la cultura se interpretan, identifican y clasifican los fenómenos de la experiencia. La cultura es objeto de atención como el instrumento de “abstracción e imaginación”, el gran almacén de símbolos, significados y categorías que

encauzan y guían los patrones de comportamiento. E. T. Hall, se refería también a lo mismo por similares fechas como *dimensión oculta* del uso del espacio, dimensión que informa sobre las pautas no explícitas que están aplicadas a la relación con el espacio geográfico. La cultura faculta y filtra la percepción del espacio, es selectiva, modela; el arte, por ejemplo, se interpone, pues el ojo del pintor ve y hace ver, aprende y enseña. Tras cada obra artística se esconde un bosque de símbolos que se puede descifrar o no, entender o no, gustar o no, que presenta percepciones y respuestas en estructuras culturales. Tras cada obra hay, pues, una percepción del mundo. Es bastante evidente que sin experiencia cultural no hay realmente experiencia humana y esto incluye, claro está, al paisaje. Las representaciones culturales de los paisajes son así, aunque se las desconozca, las claves variables de las percepciones, encuadres, símbolos y valoraciones del mundo. No hay sino que descubrirlas.

Se podría decir aquí que la geografía también ha otorgado una idea del paisaje, una aproximación metódica a tales hechos como paisajes en una escuela donde no faltó el talento. Estuvo atenta al paisaje desde sus mismos fundadores a comienzos del XIX y se mantuvo en ese puesto de observación largo tiempo; ese impulso, efímeramente postergado por algunos, se renovó inmediatamente en los años setenta del siglo XX, por mantenimiento del interés y al estar removidas las conciencias profesionales por el deterioro intensificado de los paisajes reales de nuestro entorno. No es el único caso, pues también hay muy activos paisajismo, ecología, pintura, poesía, arquitectura, ingeniería, etcétera, del paisaje. Y hay saberes de reunión que requieren igualmente un método sintético y vinculante, por ejemplo la etnobotánica, que necesita la fusión de ciencia y cultura: por supuesto, se basa en conocimientos de botánica, pero en su relación con la geografía, la historia, la antropología y el uso de las plantas. Recientemente, el Convenio Europeo sobre el paisaje propuesto el año 2000, así como una nueva ola de maltrato a los paisajes han vuelto a impulsar nuestros estudios. Propios de la ciencia son el rigor y la objetividad, pero también lo es la exposición clara y, en lo tocante al paisaje, la capacidad evocadora. Un conocimiento riguroso del territorio permite sentar las bases firmes del paisaje y de sus tendencias, pero el paisaje del geógrafo requiere, además, como he venido señalando, una lectura cultural de sus contenidos. Sólo se necesita método y éste también existe.